

¿Qué es el género?

Hablar hoy de problemática de género, de enfoques de género, de perspectiva de género, etc., resulta algo cada vez más frecuente tanto entre los movimientos de mujeres o feministas como en algunas ramas de la investigación sociológica. Sin embargo, pese a lo trabajado del concepto en el ámbito de especialistas, comprender claramente qué se quiere decir con género y cuál es su diferencia con sexo, resulta aún difícil para la mayoría de las mujeres y los hombres de nuestro medio. Se hace necesario explicar su contenido y alcances mucho más, esclarecer su importancia para la democratización de las relaciones entre géneros y de toda la sociedad.

Lo más usual es interpretar sexo y género como sinónimos, sobre todo en las culturas como las hispanicas o de origen hispanico, en las cuales, desde el lenguaje -y esto es de por sí importante de tener en cuenta-, el "género" femenino corresponde al sexo femenino, a la hembra, a la mujer, y el "género" masculino al sexo masculino, al macho, al varón. La fuerza de la costumbre hace ver, desde el lenguaje, al género como naturalmente igual al sexo y, con ello también a sus diferentes roles sociales. Sin embargo, diferenciar sexo y género es muy importante tanto para la lucha femenina como para un replanteo serio y consecuente del poder desde la perspectiva de su transformación democrático-popular, que busca la eliminación de las asimetrías sociales sobre la base de la equidad en lo económico, lo político, lo social, lo cultural, entre las clases, las etnias, y las relaciones entre los sexos.

De un modo sintético puede decirse que: "El género es la forma social que adopta cada sexo, toda vez que se le adjudican connotaciones específicas de valores, funciones y normas, o lo que se llama también, no muy felizmente, roles sociales."¹ No está vinculado a lo biológico, sino a lo cultural, a lo social. Eliminar la discriminación de género implica poder lograr, primero, que en el conjunto del propio movimiento de mujeres o de las mujeres que estamos activas, tengamos claro que ello está determinando los roles que la sociedad nos dio a varones y mujeres.

La creación histórico-cultural social de estereotipos de género desde la concepción patriarcal machista, sobre la cual se define la identidad (el ser) de cada sexo, hace que las características y diferenciaciones de cada sexo (lo biológico) contengan una alta asimetría discriminatoria en perjuicio de las mujeres. Por ejemplo, los estereotipos según los cuales ser mujer se confunde con tener sensibilidad y ternura, con la emoción, la pasividad, la sumisión, la intuición, y con lo irracional subjetivo y misterioso (no explicable racionalmente). Correlativamente, ser hombre se identifica con tener valor, fuerza y poder, y esto con lo racional, con la capacidad para actuar fría y decididamente, etc. Se pueden sumar muchos adjetivos a cada uno, según los países y los momentos histórico-concretos de que se hable, pero lo que trato de resaltar aquí es que estos adjetivos que definen identidades y capacidades de cada sexo, resumen y expresan la base socio-cultural de las asimetrías en las relaciones entre los sexos sobre las que se asienta la subordinación jerárquica de la mujer al hombre.

Por lo arraigado de estos patrones culturales y de conducta adjudicados a cada sexo, éstos resultan también discriminatorios entre seres humanos de un mismo sexo. Así ocurre, por ejemplo, con lo que se considera belleza tanto en el caso del hombre como en el de la mujer, con la correspondiente ventaja cultural para el hombre porque, como reza un conocido refrán: "es como el oso, cuanto más feo, más hermoso." La mujer, sin embargo, para ser apreciada como tal,

¹ María Pilar Aquino. Nuestro clamor por la vida. Editorial DEI, San José, 1992. Pág. 67.

debe ser bonita, y para ello debe tener determinadas medidas, estatura y color de cabello, y debe estar entre determinada edad. Si sabe cocinar, mejor, pero eso ya no es tan importante actualmente; lo que sí es importante -y casi necesario- es que sea un poco (o muy) tonta. Porque aunque muchos hombres han demostrado poder romper algunos de estos estereotipos, sólo en casos excepcionales aceptan convivir —en la intimidad, en el trabajo, en la militancia política, o en la vida religiosa- con una mujer tan inteligente como ellos. Y si es más inteligente, resulta sencillamente insoportable, no sólo porque un hombre no lo soporte individualmente, sino porque no puede soportarlo frente a los demás, socialmente.

Tomado de RAUBER, Isabel (1998) *Género y poder*, Ediciones UMA, Buenos Aires. Páginas 9-11.

Disponible en: www.rebelion.org/noticia.php?id=4523